



REPORTAJE

**LA POSGUERRA
EN LA
ESPAÑA RURAL**

A black and white photograph of a street scene. On the left, a row of tall, light-colored buildings with multiple windows and balconies lines the street. In the foreground, four people are standing on the sidewalk: a man in a white shirt and dark trousers, a woman in a dark dress, another man in a white shirt and dark trousers, and a fourth man in a white shirt and dark trousers. Further down the street, a group of people is walking. On the right side of the street, a small, light-colored car is parked. The sky is clear and bright. The text "TRAS EL" is overlaid on the right side of the image.

TRAS EL



ÚLTIMO DISPARO

Terminó la Guerra Civil. Empezó aquella que consistía en el constante sacrificio que suponía llevarse un pedazo de pan a la boca. Las armas no prosiguieron, sí la protesta de los inocentes malparados. Ahora, las balas no eran de plomo, sino de papel, pues poco efecto causaron. No quedaba nada, solo el amor de unos cuantos. El 1 de abril del 39, la guerra llegó a su fin, pero la lucha no hizo más que comenzar.

Por **Carlos Gómez**.

Las tablas colocadas en el suelo tapando los tramos en los que no había losa, estaban cada vez más sueltas, lo que hacía que la dificultad para andar por la habitación se tradujera casi en un juego de equilibristas. La casa, una “batea” vieja, situada en la calle más antigua del pueblo, enfrente de la Iglesia, no relucía especialmente por la belleza de su fachada, donde la pintura se caía a pedazos. Esta constaba de una salita de estar pequeña y una habitación que se hacía baja, por la inclinación del techo. Allí dormían cada noche ocho personas, y se tenían que desplegar varias sombrillas para retener el agua que caía por las goteras del techo. Las camas estaban hechas por cuatro listones de madera: dos en forma de cruz, en cada uno de los extre-



mos, y otros dos que los unían, en cada lateral, mediante guitas. Se hacía frente al frío con arapos, enaguillas de la mesa de la salita de estar o chaquetas gordas que utilizaban para ir a trabajar al campo. Y solo había un colchón, del que era dueña la mayor de la casa, la abuela.

Aunque la luz del sol llega directa, tras pasando el visillo de la ventana que colinda con un gran patio de flores, Concepción, de 86 años, se tapa con unas enaguillas que, pasado el tiempo, ya no usa para la cama. Con los brazos cruzados sobre la mesa redonda y marrón de su cocina, respira hondo recordando aquella infancia tan dura. Así era la vida de una familia media en un pueblo en las entrañas de la campiña sur cordobesa, Moriles, de unos 3.200 habitantes por aquel entonces. He ahí donde radicaba el problema: vivir así era la media. Porque entonces, en 1940, después de la Guerra que había enfrentado a sublevados y republicanos, lo normal, por desgracia, era eso.

El comienzo después del fin

No hay guerra tan dura como la que viene tras ella. Y es que estas no se acaban el día que se deja de luchar. No son un punto de inflexión a partir del cual todo cambia. Hay que lidiar con lo que viene, siendo esta la parte más dura y, llevada a cabo, únicamente, por los inocentes. Si la Guerra Civil se llevó unas 600.000 vidas de españoles debido a la contienda, la posguerra no se quedó corta, pero la causa principal, esta vez, no era otra sino el hambre -con permiso del Generalísimo-. Por eso, esa es la palabra que resuena en muchos de los que hoy en día siguen recordando esa etapa. “Mucha hambre”, es lo que afirma Concepción, al ser preguntada por su juventud. Respira hondo, de nuevo.

Al principio cuenta que su madre era la que tenía que ir pidiendo comida por los cortijos del pueblo, intercambiando azúcar que ella llevaba por los garbanzos, aceite o pan que le sobraban a las familias más pudientes. Ella, como niña, junto a su hermana Carmela, servían en casas de otras familias del pueblo, fregando, haciendo sus mandados, limpiando corraletas de cochinos o amasando pan, montadas en un cajón para llegar a la mesa: “Tenía callos en las rodillas de limpiar el suelo”. Todo a cambio de un pedazo de pan para llevarse

a la boca, puesto que a su casa no entraba “ni un duro” y el único sueldo, por aquel entonces, era comer y no pasar frío. “A veces, cuando la hija de los señoritos se compraba unos zapatos, me daban a mí algunos que se le habían quedado pequeños o ya estaban viejos. También me dejaba sus zapatos nuevos para que yo los amoldara. Eran los únicos de tacón que yo tenía cuando era una mocita”.



“El Molar”

Pasado el tiempo, prosigue Concepción, su padre se empezó a llevar a ella y a su hermana a trabajar al campo recogiendo aceitunas, en los olivos de los dueños del cortijo “El Molar”. Allí, su familia y varias personas más se hospedaron para trabajar las tierras, en tiempos donde ya parecía que la situación iba a mejor para ellos: “Trabajábamos de sol a sol, pero ya teníamos comida que llevarnos a la boca”.

Recuerda con gran cariño cuando su padre encendía la candela para hacer café y, al tocar la puerta con fuerza, ella y su hermana bajaban corriendo con las rebanadas de pan que iban a freír para merendar. “Éramos las únicas que mi padre dejaba entrar en la cocina, antes que cualquiera de mis hermanos”.

También resalta, durante esa etapa, unas semanas en las que tuvieron que estar encerrados entre las cuatro paredes del cor-





tijo debido a una nevada que hubo por la zona. Y es que, por si fuera poco vivir en la posguerra, también han pasado por un confinamiento. No hay nada que no hayan sufrido en sus carnes.

Durante los días (casi un mes) que estuvieron sin poder salir y, a posteriori, sin trabajar (hasta que se secara la nieve al completo), las mujeres que vivían allí se repartían turnos de cocina. Juan José, padre de Concepción, no quería que esta se encargara de la comida el día que le tocaba, debido a su complexión menuda. “Me decía que la olla era más grande que yo. Así que, con un trozo de madera, me hizo una paletilla muy larga para remover la comida y que no me quemara”.

Frasquito, su novio, futuro marido y padre de sus cuatro hijos, era el encargado de la cocina. Concepción, entre risa y añoranza, admite que, desde la habitación, siempre la mandaban a la cocina en busca de comida, sabiendo que él le echaría el trozo de tocino más grande, aunque ella no lo pidiera. Y así era. Lo simple que es el amor.

Cuando el hambre aprieta

Bastaba lo que fuera. Todo lo que se pudiera hacer, cualquier resquicio que hu-

biera para poder cumplir con una necesidad tan básica como es alimentarse, tenía que ser aprovechado. Por eso, en alguna ocasión, había que recurrir a métodos que a nadie le gustaría utilizar.

Esta vez, Concepción nos cuenta cómo, a la hora de la siesta, salía a la alameda con uno de sus hermanos a robar espigas, las cuales echaba en una talega para, posteriormente, desgranar, limpiar y cocinarlas para la noche.

“DÉJALOS IR, BASTANTE TIENEN CON SER POBRES”

También se dedicaba a robar zanahorias de los huertos con su prima hermana. “Mi prima esperaba en la puerta del huerto y yo, mientras, cogía las zanahorias y las metía allí donde pudiera, bolsillos, pantalones, calcetines...”. Cuando venía el dueño del huerto, apodado por ellos mismos como “El gordo”, su prima avisaba a Concepción a la voz de “que viene El gordo”. Recuerda especialmente una vez cuando, en su intento de escapada para huir de “El gordo”, se escurrió con el barro del campo y cayó dentro de un estanque

donde iban a parar todos residuos del pueblo. Fue “El gordo” quien la sacó de allí, llevándolos de inmediato, a ella y a su prima, afuera del recinto para saldar su cuenta. “Su mujer quería que nos fuéramos encueros a nuestras casas, para darnos una lección. Menos mal que él nos dejó ir, porque, según dijo, *‘bastante tienen con ser pobres’*”. Declara con orgullo Concepción, cómo su madre, al día siguiente, le dijo a la señora de “El gordo”: *“permítame*

Dios que nunca veas a tus hijos ‘esmallaos’”.

A causa de todo ello, admite que le cogió miedo a ese señor y, cada vez que sus padres mencionaban las pala-

bras mágicas “que viene El Gordo”, se refugiaba debajo de la cama.

La familia

Se puede vivir sin dinero, pero no sin corazón. Y a falta de lo primero, la abundancia de lo segundo, en tiempos de posguerra, era una bendición. Lo poco que se tenía para salir adelante era contrarrestado con lo poco que se necesitaba para ser feliz. Entonces, elementos tan simples como una canción, un abrazo o una copa de vino, eran un tesoro. Qué decir entonces de la familia.

Afortunadamente, la de Concepción es muy numerosa y, aunque repartida por toda España, está muy unida a la vez, pues la unión no siempre viene por la presencia física. Tenía nueve hermanos, aunque una de ellos, Isabel, falleció con cinco años a causa de una enfermedad. Los demás, Gregorio, Juan José, Carmela, Francisco, Pascual, Manolo y Antonio trabajaban en el campo, intentando traer algo de dinero para la casa. Un jornal que se crobaba a 15 pesetas (actualmente está en unos 45€).

Según Concepción, la Semana Santa era una época muy especial para toda la familia, pues casi todos eran miembros de alguna hermandad de Moriles. Su marido, Frasquito, y hermanos Francisco y Antonio (que falleció en 2015), pertenecían a la Corporación del Imperio Romano, de la cual, actualmente, Francisco es Presidente de Honor. Cada Jueves Santo, día de llevar la ropa al cuartel (en esos años, situado en las Bodegas Tomás García o en la Alcohollera) eran acompañados por su hermana Carmela quien, con aguja e hilo, les ayudaba con los accesorios de la vestimenta (cordones, hombreras...) y los imprevistos de última hora.

Por otro lado, explica, su hermano Juan José (fallecido en 2018), era un músico y cantante excelente. Durante las procesiones, según afirma, iba cantando de trono en trono, dedicándole saetas a cada una de las tallas. También fue fundador de la Agrupación Musical de Moriles.

Otro de sus hermanos, Gregorio, tenía un grupo de música que daba conciertos por toda España. En este momento, Concepción se levanta y muestra una cinta de casete del año 1978 que tenía guardada en un cajón del mueble del salón. Al ponerla en el antiguo reproductor que tiene sobre la mesa, se escucha a una mujer mayor hablar: “*¡Qué bien me lo he pasado!, ha venido mi Gregorio, con su banda, al paseo a tocar; y mis hijos me han llevado en coche a verlo, ¡Estuvimos allí hasta las 5 de la mañana!*”. Dijo que esa era su madre y que se trataba de un día de feria cuando, para su sorpresa, la banda de su hijo había ido a tocar a la plaza del pueblo. “La grabación se la hicimos el día siguiente, en una comida familiar, para enviársela a nuestros hermanos que estaban fuera”. Estos eran Pascual y Manolo, que vivían en el País Vasco, Gregorio, en Asturias y Carmela, que vivía en Sevilla. “*Escribidme aunque yo no lo haga, que llevo ya casi un mes sin saber de vosotros. Yo no puedo porque estos (los demás hijos) están todo el día trabajando y no pueden escribirme la carta, pero vosotros hacédlo*”, continúa la grabación.

En la cinta, también se puede escuchar a

Moriles, cuna del vino



Moriles es un pueblo situado en el sur de la provincia de Córdoba, Andalucía. Fue constituido como municipio en 1912, con una cantidad aproximada de 2.750 habitantes. Actualmente, tiene un número de 3.701 habitantes.

Posee como producto estrella y característico al vino fino, famoso en toda Andalucía y España. La tradición vitivinícola es muy profunda y trasciende a numerosas generaciones de familias ligadas a las bodegas del pueblo. Por eso, es un municipio, principalmente, dedicado al sector primario, con gran cantidad de personas que dependen de este producto y todo lo que lo rodea (el campo, la bodega, el laboratorio, la cata...). Moriles cuenta con una Cata del Vino, donde todas las bodegas del pueblo exponen su producto durante tres jornadas en las que el municipio acoge a gente de todos los rincones del país.

La Semana Santa es otro elemento singular de Moriles. No solo por sus más de cien años de historia, ni por la gran cantidad de Hermandades que hay (en relación con los habitantes), que hace que la mayoría de morilenses estén ligados, de una forma u otra a ella. Esta Semana Santa, cuenta entre sus Cofradías con Corporaciones Bíblicas: aspectos, momentos, o etapas de la vida de Jesús correspondientes al Antiguo y Nuevo Testamento, que realizan reverencias a los tronos (pasos) en sus estaciones de penitencia. También se realizan representaciones de su vida, como el Lavatorio, el Prendimiento, Las Tres Caídas o el Juicio a Jesús.

su padre, Juan José, recitando una poesía que él mismo había aprendido en su estancia en Marruecos, durante la guerra:

*“...allí no hay más que llegar,
no necesitas parné,
a cualquiera preguntar,
¿Qué tiene usted de comer?
Tengo balas en estofado,
bayonetas en puchero,
fusiles enviscerados,
pólvora frita con huevos,
cañones en ensaladilla,
proyectiles con arroz
y bombas fritas con papas’ que están
mejor que el jamón...”*

El ¿final? de la posguerra

Se dice por ahí que la posguerra finaliza en 1959, cuando España abandona la política económica autárquica. Otros, en cambio, retrasan este hecho hasta unos años después, en 1962. Pero, ¿Cómo se determina, realmente, el final?

El principio parece que queda bastante claro: desde que termina la guerra, tras el último disparo que se ejecuta en combate. El final es cuestión de estudio, ya que si nos basamos en el nivel de vida de las familias, en muchos casos, se viviría en una continua posguerra.

Por aquel tiempo, Concepción y Frasquito compraron la casa del padre de Frasquito, donde se fueron a vivir, teniendo ya su primer hijo, Antonio. Los demás, llegaron ya viviendo en dicha casa, Araceli, Concepción y Francisca. Aquí reside actualmente.

La vivienda es grande, tiene un gran recibidor que da a una sala de estar situada a la izquierda. Enfrente, unas escaleras que llevan al piso de arriba, donde están las habitaciones. Y a la derecha, la cocina y una puerta que lleva a un patio enlosado lleno de flores, donde antes había una cuadra.

“En aquel tiempo, la vida era algo mejor, pero porque, al menos, ya podíamos comer”. Cuenta que su hermano pequeño, estando en la mili, la llamaba para pedirle dinero porque no quería poner a su madre en el compromiso de pedirle algo que no tenía. “Mis padres no tenían un duro, su dinero había sido dedicado a sacarnos a nosotros adelante. Yo le daba a mi hermano lo poco que me sobraba de trabajar de sol a sol en el campo y dar de comer a mis hijos”, señala. “Cuando venía de permiso, mi madre, para poder aportarle algo más, pedía por las casas”.

Por eso, dice que nunca se enteró del final de la posguerra, que si los números lo dicen, así sería, pero la miseria seguía estando ahí. “Al final, uno entiende a sus padres: se sigue para adelante por el bien de los hijos”, concluye.



Una nueva era

El mundo ha cambiado tanto desde aquel entonces que no se sabe ni lo que permanece igual. Afortunadamente, la situación, ahora sí, es mucho mejor que en aquellos años del hambre.

Concepción es madre de cuatro hijos y, a día de hoy, tiene ocho nietos a los que atiborra de comida cada vez que la visitan. Pronto será bisabuela. Su casa ya no es una “batea”, no hay losas sueltas ni goteras en la habitación. Por suerte, duerme en una cama en condiciones, arropada con un buen edredón y no tiene callos en las rodillas de limpiar el suelo de las casas. Va a todos lados por su cuenta, a manos de su andador, y posee una memoria que ya quisieran algunos chavales de 20.

Desde aquella vez no fue más a robar zanahorias al huerto de “El gordo”, ya no le hace falta hacer eso. Uno de sus hijos, tres de sus nietos y dos de sus yernos, tam-

bién pertenecen al Imperio Romano de Moriles. Junto a ellos va, alguna vez, al cuartel y disfruta como una niña viendo a los romanos y su familia allí. En los días en los que se encuentra nostálgica, saca ese casete del cajón del aparador y habla con su madre un rato. No se cansa de escuchar la poesía que recita su padre y nunca deja de pensar en aquel que le daba el trozo de tocino más grande, que se marchó en el año 2003.

Ya no tiene que darle dinero a su hermano. Cada uno de ellos tiene hijos, que trabajan y llevan un nivel de vida cómodo. Se llaman frecuentemente, y eso les basta. Ahora, viendo que todos han salido adelante, respira tranquila, vela por todos ellos y se acuerda todos los días de los que ya no están. Su madre estaría muy orgullosa de todos.

Este es un ejemplo de vida dedicada a la superación y al esfuerzo, aplicable a cientos de miles de personas que han pasado por todo lo descrito aquí. Nacieron en una guerra civil, crecieron en una posguerra de miseria, maduraron en el franquismo, envejecieron en una etapa de transición y ahora están sufriendo la mayor crisis sanitaria de los últimos años. Son los padres y abuelos de todo un país y sería, cuanto menos justo, que se les intentara cuidar, preservar sus derechos, respetar y se luchara por mantener todo lo que ellos han conseguido.

Porque lo son todo. Los cimientos sobre los que se han construido padres e hijos, un legado en forma de camino que se ha de mantener intacto. Son nuestra historia, tradición y han dado forma a nuestra cultura. Ellos son la razón por la que nosotros somos. Son el aceite y el pan, el puchero y el potaje, la lágrima de emoción, el beso más bonito, el patio de flores, los azulejos de mosaico, el dinero a escondidas, el televisor antiguo, las fotos de comunión, la felicidad en Navidad y el recuerdo en Semana Santa. También son el suspiro y la preocupación, la obstinación, el empeño o la mala cabeza. Pero están más que perdonados.

Se han dejado el alma intentando sacar adelante a sus familias, al país entero, al fin y al cabo. No han tenido nada y, en cambio, lo han logrado todo. En sus manos y rostro figuran las arrugas de largos años sujetos a un intenso y subyugado trabajo. En sus ojos, sin embargo, brilla una luz de orgullo y amor. Luz eterna por la que hoy se brinda.